

MÉXICO, HOY



por

JOSÉ AYALA, JOSÉ BLANCO, GUILLERMO BONFIL,
ROLANDO CORDERA, ARNALDO CÓRDOVA,
ADOLFO CHÁVEZ, FÁTIMA FERNÁNDEZ CHRISTLIEB,
OLAC FUENTES MOLINAR, PABLO GONZÁLEZ CASANOVA,
GUILLERMO KNOCHENHAUER, ARMANDO LABRA,
ENRIQUE LEFF, DANIEL LÓPEZ ACUÑA,
CARLOS MONSIVÁIS, ALEJANDRA MORENO TOSCANO,
OLGA PELLICER DE BRODY, CARLOS PEREYRA,
RAÚL TREJO DELARBRE, LUIS VILLORO, ARTURO WARMAN

coordinado por

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA Y ENRIQUE FLORESCANO





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda

AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

edición al cuidado de eugenia huerta
portada de maria cristina oscos

primera edición, 1979

cuarta edición, nuevamente corregida, 1980

quinta edición, 1981

© siglo xxi editores, s. a.

isbn 968-23-0488-1

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

INDICE

PALABRAS PRELIMINARES, <i>por</i> PABLO GONZÁLEZ CASANOVA Y ENRIQUE FLORESCANO	9
PRIMERA PARTE: LA CRISIS ECONÓMICA: EVOLUCIÓN Y PERSPECTIVAS	
JOSÉ AYALA, JOSÉ BLANCO, ROLANDO CORDERA, GUILLERMO KNOCHENHAUER, ARMANDO LABRA	
INTRODUCCIÓN	19
I. LA ECONOMÍA INTERNACIONAL	21
II. EL TRASFONDO HISTÓRICO	36
III. LA CRISIS ACTUAL	48
SEGUNDA PARTE: LA SOCIEDAD: CAMBIOS Y ALTERNATIVAS	
IV. LOS PUEBLOS INDÍGENAS: VIEJOS PROBLEMAS, NUEVAS DEMANDAS, <i>por</i> GUILLERMO BONFIL BATALLA	97
V. EL PROBLEMA DEL CAMPO, <i>por</i> ARTURO WARMAN	108
VI. EL MOVIMIENTO OBRERO: SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS, <i>por</i> RAÚL TREJO DELARBRE	121
VII. LA "CRISIS" EN LA CIUDAD, <i>por</i> ALEJANDRA MORENO TOSCANO	152
VIII. SALUD, SEGURIDAD SOCIAL Y NUTRICIÓN	
A. SALUD Y SEGURIDAD SOCIAL: PROBLEMAS RECIENTES Y ALTERNATIVAS, <i>por</i> DANIEL LÓPEZ ACUÑA	177
B. NUTRICIÓN: PROBLEMAS Y ALTERNATIVAS, <i>por</i> ADOLFO CHÁVEZ	220
IX. EDUCACIÓN PÚBLICA Y SOCIEDAD, <i>por</i> OLAC FUENTES MOLINAR	230
X. DEPENDENCIA CIENTÍFICO-TECNOLÓGICA Y DESARROLLO ECONÓMICO, <i>por</i> ENRIQUE LEFF	266

ejerciendo presiones sobre las direcciones sindicales, partidarias y gubernamentales.

La universalidad de la lucha por la democracia no es casual. En el fondo se busca con ella aumentar las bases del poder popular, y es éste, con el de la clase obrera al centro, el que modelará toda política social y nacional, con un sentido de las raíces históricas y actuales de los problemas, en donde sin ignorar las tradiciones y el acervo de la cultura democrática y revolucionaria en México, se inserten y creen nuevas perspectivas, organizaciones y formas de lucha.

Los autores únicamente han pretendido sintetizar sus propios estudios y los realizados por las fuerzas democráticas y progresistas de México. Reunidos durante más de dos años para elaborar y discutir sus trabajos, en torno a un proyecto de libro conjunto sobre *México, hoy*, formularon un índice imaginario del mismo, en parte parecido y en parte distinto al libro que tiene el lector en sus manos. Éste ya es producto colectivo, suma e integración de reflexiones y experiencias individuales, que con el estudio del país quieren contribuir a las luchas del pueblo.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
ENRIQUE FLORESCANO

PRIMERA PARTE

LA CRISIS ECONÓMICA: EVOLUCIÓN Y PERSPECTIVAS

JOSÉ AYALA, JOSÉ BLANCO,
ROLANDO CORDERA,
GUILLERMO KNOCHENHAUER,
ARMANDO LABRA

INTRODUCCIÓN

A partir de 1971, la economía mexicana entró en una fase de crecimiento lento e inestable del producto interno, de intensas presiones inflacionarias, de agudización del desequilibrio del saldo con el exterior y de aumentos persistentes de los déficit fiscales. Estas tendencias hicieron eclosión a partir de 1975, provocando en 1976 una profunda crisis que se desplegó en una fuerte contracción productiva (que se extiende hasta 1977), en una inflación desbordada y en una feroz especulación que desembocó en la devaluación del peso y en el caos financiero de los últimos meses de ese año.]

Inmediatamente después del relevo presidencial, en diciembre de 1976, agrupaciones empresariales y grupos de presión dentro del aparato público se abocaron, con febril exaltación, a difundir masivamente una postura según la cual la crisis económica era producto exclusivo de la política económica instrumentada por el régimen pasado, cuya característica principal sería, según esto, la desmedida intervención del Estado en la economía y, en particular, el excesivo gasto público. Sin duda, como lo veremos más adelante, los avatares de la política económica y la llamada "desconfianza empresarial" de entonces, contribuyeron a acentuar la recesión productiva y la espiral inflacionaria. No obstante, aceptar el argumento monista que hace radicar en la política económica el origen de la crisis implica asumir en el presente una línea política económica que privilegia el "equilibrio" y la estabilidad a ultranza, sin consideración alguna de los graves rezagos sociales que enfrenta el país, al mismo tiempo que se acepta la posición de quienes hoy pugnan denodadamente por la privatización del futuro desarrollo económico del país.

La hipótesis central de este trabajo postula que las causas de origen de la crisis económica en la década de los setenta han de ser ubicadas en el *estilo* del desarrollo global de la economía mexicana, es decir, en las características específicas de un patrón de acumulación de capital implantado hacia mediados de los años cincuenta, que vive su etapa de auge y desarrollo durante los sesenta, que muestra sus primeros signos de agotamiento a fines

de esos años y que, finalmente, gradual pero persistentemente, tiende a desarticularse en la presente década en la forma de una crisis económica que se engarza multívocamente con la recesión internacional del capitalismo.

A fin de ubicar la hipótesis que se propone en un marco más amplio, en el primer apartado presentamos un examen sucinto de las tendencias de posguerra que condujeron a la recesión del sistema capitalista internacional, tratamos de caracterizar la naturaleza de dicha recesión y establecemos algunos de los principales vínculos que unen a las economías industrialmente desarrolladas con las economías de capitalismo dependiente y subordinado. En el segundo apartado proponemos un esquema de los rasgos fundamentales que caracterizan al patrón de acumulación de capital aún vigente, la periodización que le corresponde, las tendencias fundamentales de su evolución; en breve, la dialéctica que, pensamos, le es propia. En el tercer apartado, por último, presentamos una crónica de los años de la crisis, así como un conjunto de argumentos que buscan establecer las causales de origen del estancamiento productivo, la inflación, el desequilibrio externo y el déficit fiscal, para terminar con algunas consideraciones finales que se asoman, en términos generales, a posibles futuros previsibles de la economía mexicana.

I. LA ECONOMÍA INTERNACIONAL

La crisis económica que ha vivido México en los últimos años encuentra su explicación, en lo fundamental, en la propia estructura socioeconómica que se desarrolló en el país a partir de los años cuarenta. Sin embargo, ni el ritmo ni la profundidad que han alcanzado el desempleo, la recesión productiva y los desequilibrios en la cuenta corriente de la balanza de pagos y en las finanzas públicas, pueden comprenderse cabalmente sin el examen de la crítica evolución del sistema internacional capitalista en lo que va de la década. A eso dedicamos el presente capítulo.

La recesión económica que afecta actualmente al capitalismo internacional no es una recesión de coyuntura: está integrada al agotamiento del patrón posbélico de acumulación de capital, lo que a su vez ha producido consecuencias sociopolíticas internacionales que se proyectarán en la lucha de clases y en las pugnas intercapitalistas en el nivel mundial.

Coyunturalmente, la recesión es semejante, por su lógica, a las recesiones registradas en la historia del modo de producción capitalista: se trata de una situación económica en la que la capacidad para producir del capital en su conjunto supera la capacidad del mercado para comprar. Pero comparada con las recesiones ocurridas durante el cuarto de siglo precedente, la actual se caracteriza por la sincronización del ciclo económico de todos los estados industriales, lo que denota el agotamiento del patrón posbélico de acumulación de capital.

El proceso acumulativo de capital, esencial para el funcionamiento del sistema, carece actualmente del estímulo que durante un cuarto de siglo representó la reconstrucción europea y nipona, el liberalismo comercial, el irrestricto movimiento de capitales y la división internacional del trabajo, basada en la desigual competitividad industrial entre las naciones concurrentes en el mercado mundial.

La coincidencia entre la crisis estructural y la recesión coyuntural ha invalidado los mecanismos ortodoxos de que disponen los estados capitalistas para reanimar el ritmo de acumulación del capital y superar así la recesión económica; el crédito y las políticas fiscal, monetaria y de comercialización externa han perdido efica-

cia como instrumentos que en el pasado sirvieron a los gobiernos de los estados industriales para reanimar, a cada caída de la demanda agregada y de la producción, el proceso de acumulación de capital.)

I. LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA EN LA POSGUERRA

El largo período de prosperidad del capitalismo industrialmente avanzado, que transcurre desde el fin de la última guerra mundial hasta la primera mitad de la década de 1960-1970, consistió en una dinámica expansión de la acumulación de capital correspondiente con el crecimiento de la demanda agregada.

El patrón de acumulación capitalista durante el cuarto de siglo posbélico se caracterizó por su internacionalización y por la afirmación hegemónica del capital estadounidense, que se basó inicialmente en la superioridad productiva de la economía de este país (tanto relativa como absoluta) y en la adopción del dólar como el medio de cambio y de pago internacional. Por contraste, la actual hegemonía internacional norteamericana se basa en su superioridad productiva absoluta (pues ha perdido competitividad con relación a las principales economías europeas y a la japonesa) y en la absorción de las monedas europeas por la enorme masa de dólares en circulación por el mundo.

Al concluir la guerra la potencialidad económica estadounidense le permitió a este país determinar el reordenamiento capitalista mundial sobre la base del liberalismo económico, para asegurar la ampliación de su radio geoeconómico de acumulación. El liberalismo económico constituye también el marco en el que se definiría objetivamente, como consecuencia de las desigualdades en el desarrollo económico de las naciones, la división internacional del trabajo. La ampliación del radio de acumulación geoeconómica del capital norteamericano tendría como efecto directo la aceleración del proceso de monopolización y transnacionalización de esa economía. Así pues, el patrón posbélico de acumulación de capital orientado bajo la hegemonía estadounidense, se caracteriza por la aceleración de la integración de corporaciones transnacionales en el marco del liberalismo económico, el cual sirve también como norma para la división internacional del trabajo.

Por su parte, la expansión de la demanda agregada —estímulo

determinante del ritmo de acumulación— halla su explicación en los siguientes grandes factores principales: a] la reconstrucción de Europa y Japón; b] la transformación de los países importadores de manufacturas en dependientes de la tecnología importada para producir internamente esos bienes, y c] la creciente intervención del Estado en la economía.

El resultado inmediato de la segunda guerra mundial fue la afirmación hegemónica de la economía estadounidense, única entre las industrializadas que no sólo quedó intocada por la secuela destructiva del conflicto, sino que fue afectada por un febril desarrollo tecnológico orientado a la producción armamentista. Además de contar con un complejo productivo en plena actividad, Estados Unidos contaba en 1945 con el 59% de las reservas mundiales de oro, proporción que se elevaría al 72% en 1948. Así, por su capacidad productiva y su respaldo monetario le correspondió reorganizar el sistema monetario y financiero mundial con el propósito de erigir nuevamente al comercio libre como el orden imperante en las relaciones internacionales.

El dólar se convirtió en el medio para realizar pagos internacionales y su emisor, el banco central estadounidense, en el prestamista de los recursos financieros que el resto del mundo necesitaba para adquirir, en Estados Unidos, las mercancías que su reconstrucción o crecimiento requerían. Siendo el emisor del medio de cambio y de pago internacional, Estados Unidos impuso también el liberalismo como norma del comercio internacional, apoyándose en sus índices de productividad, que eran los más elevados del mundo al terminar la guerra, lo que le permitía competir cómodamente en los mercados internacionales.

En la conferencia de Bretton Woods, en 1944, todos los países capitalistas aceptaron sencillas reglas del juego para regir sus relaciones económicas internacionales:

a] Liberar de todo proteccionismo nacional al comercio, esto es, suprimir toda barrera arancelaria que dificultara el flujo de las exportaciones mundiales. Para asegurar el libre intercambio se firmó en 1947 el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), cuya función primordial ha sido la de servir como marco de negociaciones multilaterales para la reducción y eliminación de derechos de aduana y otras barreras comerciales.

b] Libertad plena a la circulación de capitales, premisa indispensable para la ampliación del radio de acumulación geoeconómico del capitalismo estadounidense. A fin de liberar de obstáculos monetarios a la circulación internacional de capitales, fue creado

el Fondo Monetario Internacional para financiar aquellos déficit en balanza de pagos que pudieran restringir o impedir las remesas de utilidades o provocar alteraciones graves en la paridad de las monedas del sistema respecto al dólar.

La hegemonía productiva y monetaria de Estados Unidos en el marco del liberalismo comercial, marco dentro del cual numerosos países canalizan enormes proporciones de su excedente económico a las economías con tecnología propia, condujo a una gran concentración de recursos bajo el signo del dólar que de esta manera amplió aún más su circulación internacional. Así, de 1949 a 1968 los dólares circulantes fuera de Estados Unidos se elevaron de 6 400 millones a 35 700 millones, lo cual derivó en dos hechos de enorme significación: 1] el surgimiento del "eurodólar", esto es, la absorción de las monedas europeas por esa enorme masa de dólares, lo que a su vez determinó la ampliación de la circulación del dinero internacional y 2] la expansión del mercado del dinero, que fue progresivamente trasladado a los bancos privados: en sólo una década, de 1964 a 1974, el número de bancos privados con filiales en el extranjero y sus activos pasaron de 11 con 7 000 millones de dólares a 125 con 155 000 millones.]

Sobre los pilares del liberalismo comercial y de la expansión monetaria, el capital norteamericano pudo ampliar sin mayores obstáculos el radio de su acumulación, interviniendo mediante inversiones directas en los aparatos productivos de todo el mundo capitalista. En efecto, por una parte, la ampliación del radio y escala de la acumulación de las empresas convertidas en transnacionales ha imposibilitado la competencia para cualquier empresa particular, compañías que en número creciente son absorbidas por la monopolización y transnacionalización del capital, principalmente estadounidense. A finales de la década pasada se estimaba que unas 7 000 grandes corporaciones de Estados Unidos y Europa occidental tenían inversiones directas en el extranjero. De éstas, el 34% eran norteamericanas, el 23% inglesas, el 13% alemanas y el 7% francesas; el 33% restante se repartía entre 11 países industrializados más.

Por otra parte, la transnacionalización del capital estadounidense refleja tanto la tendencia descendente de la tasa de ganancia social en aquel país, como el surgimiento o prevalencia de oportunidades de inversión más rentables en otras economías.

Dos hechos explican la pérdida de competitividad relativa, que afectaría al capital norteamericano: mientras que en Europa y Japón las instalaciones, equipo y maquinaria que constituían la

acumulación de capital eran nuevos, pues reponían a los destruidos durante la guerra, el capital de Estados Unidos conservó en uso medios de producción que se hicieron relativamente menos eficientes. Además, la orientación armamentista de la economía, que se acentuó durante la guerra de Corea y que se mantuvo en el ambiente de la guerra fría, influyó en el alza de los precios de las materias primas y de los salarios en detrimento de la productividad industrial. Así, los precios de las materias primas y los salarios crecieron más rápidamente que los índices de productividad, lo que obligó a la elevación de los precios comerciales, pese a lo cual la tasa de ganancia del capital social se redujo del 8.6% (sostenido hasta 1950) al 6.3% promedio entre 1950 y 1960, al mismo tiempo que el índice europeo se elevaba al 6.7% en el primer quinquenio y al 7% en el segundo.

2. LA RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA Y JAPÓN

El alza de las tasas de ganancia en Europa y su declinación en Estados Unidos, propició entre 1953 y 1964 una corriente masiva de capitales norteamericanos de inversión hacia el viejo continente, en detrimento del dinamismo que requería el ritmo de acumulación del capital en Estados Unidos para compensar con un aumento de la masa, la declinación del tipo de la ganancia.* Por ello, la economía de este país entró en recesión durante 1957-1958 —la más profunda desde la crisis de 1929-32—: el producto nacional bruto se contrajo en 4.1%, la producción industrial disminuyó 13.1% y el empleo no agrícola cayó en 4.2%. [Hasta 1964, Estados Unidos vería una sucesión de recesiones productivas que serían manejadas por los mecanismos ortodoxos del crédito y del gasto gubernamental, esto es, mediante inyecciones inflacionarias de poder de compra y su contracción alternada.]

Mientras tanto, el capital excedente norteamericano encontró en Europa posibilidades de mayor rentabilidad a sus inversiones; el flujo que se generó entre 1953 y 1964, el mayor de este siglo, vitalizó enormemente el ritmo de acumulación de capital en Europa

* Con frecuencia una economía capitalista sigue funcionando si paralelamente a una tasa decreciente de la ganancia social, aumenta su magnitud absoluta, lo cual sólo se logra mediante una acumulación suficientemente rápida de capital.

y le dio mayor liquidez a la economía de esos países, propiciando el desarrollo del comercio externo. Precisamente entre 1953 y 1963 dan sus mayores saltos la producción industrial y las exportaciones de manufacturas europeas en detrimento de la participación estadounidense, como puede apreciarse en los cuadros 1 y 2. La mayor participación de Europa y Japón en el mercado internacional hace que a partir de 1953 las exportaciones comiencen a expandirse más rápidamente que la producción industrial:

CUADRO 1
PORCENTAJE DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL CAPITALISTA MUNDIAL

	1953	1963	1970
Estados Unidos	52%	44 %	40.5%
Comunidad Económica Europea	16%	21.1%	22 %
Gran Bretaña	10%	6.4%	5 %
Japón	2%	5.3%	9.5%

CUADRO 2
PORCENTAJE DE LAS EXPORTACIONES CAPITALISTAS MUNDIALES

	1953	1963	1970
Estados Unidos	21 %	17 %	15.5%
Comunidad Económica Europea	19.3%	27.8%	32 %
Gran Bretaña	9.7%	8.7%	7 %
Japón	1.7%	4 %	7 %

Entre 1953 y 1963 el volumen mundial de la producción industrial capitalista creció en 62%, mientras que sus exportaciones aumentaron en 82%, en el decenio 1963-1972, mientras la producción industrial se incrementó 65%, las exportaciones lo hicieron en 111%.

Así, el comercio internacional se erige en el principal impulsor del ritmo de acumulación capitalista. Hasta 1965 Japón se benefició de una transferencia casi gratuita de tecnología norteamericana y al igual que Europa dejó de depender de las ventas de bienes de capital estadounidenses: mientras Japón vigorizaba su ritmo de acumulación por la transferencia de la costosa tecnología

norteamericana, Europa lo hacía mediante inyecciones de capital norteamericano; en ambos casos, el resultado fue la elevación de sus índices de competitividad comercial, lo que les permitió ampliar tanto su presencia absoluta como su participación relativa en el mercado mundial.

El efecto de ello para el capital mundial fue que desde 1958 sus índices de productividad y volumen de producción se elevaron más rápidamente de lo que crecía la demanda agregada, lo que produjo como resultado lógico una disminución de la tasa universal de ganancia hacia el primer tercio de la década de 1960. Recordemos que para compensar esta disminución, se requiere una aceleración del ritmo de acumulación que eleve la magnitud absoluta de la ganancia, lo cual estará dispuesto a hacer cada capital, acicateado por la elevación de sus índices de competitividad, siempre que aparezca un estímulo de la demanda agregada. Este estímulo lo representó a partir de 1964 la aventura militar de Estados Unidos en Indochina. El gasto militar orientó entonces la economía norteamericana, que en 1965 vio crecer su PNB en 6%, pero a una tasa de inflación que para 1969 era de 5.4%. Con excepción de Francia, ésta fue la tasa más alta del mundo industrializado. Como consecuencia las exportaciones estadounidenses cayeron entre 1965 y 1969 a un promedio de 2 800 millones de dólares por año, contra 5 400 millones que alcanzaron en promedio en el lapso de 1960 a 1964, en tanto que sus importaciones de manufacturas, que representaron el 35% del total en 1960, pasaron al 55% en 1969.

Los beneficiarios de este reajuste comercial fueron Japón, cuyo comercio exterior creció 80% entre 1965 y 1967, y Alemania Federal que incrementó en 250% sus exportaciones a Estados Unidos entre 1965 y 1970, contra un 33% de aumento registrado en el quinquenio anterior. Se repetía así el impacto de la militarización de la economía norteamericana en la correlación del poderío económico internacional, aunque sus casi exclusivos beneficiarios en esta ocasión hayan sido los capitales germano y nipón. Se vio así que el capital mundial ya no encontraría las posibilidades de inversión productiva que en la década de 1960 crearon el propio desarrollo de las potencialidades productivas de Europa y Japón y el acelerado desarrollismo de los países dependientes.

3. NATURALEZA DE LA CRISIS INTERNACIONAL

El carácter clásico de la recesión actual, se destaca en los tres rasgos que dominan la coyuntura y su proyección futura:

a) La declinación del tipo de ganancia. En Estados Unidos éste bajó del 7.7% que promedió anualmente durante el quinquenio 1966-1970, al 5.5% anual entre 1971 y 1973. Considerando la manipulación monetaria internacional por parte de Estados Unidos, puede asegurarse que durante estos años la tasa de ganancia no fue mayor en Europa y Japón; más aún, puede decirse que a partir de 1974, año en que se sincronizó la recesión internacional, su declinación ha sido más pronunciada.

b) El ritmo de acumulación comienza a perder dinamismo al traducirse la sobreproducción de mercancías en capacidad productiva ociosa. De acuerdo con el presidente de la General Motors,* el crecimiento de las inversiones de las empresas en Estados Unidos cayó de 4.3% en promedio entre 1965 y 1970 a 3.3% entre 1970 y 1975, y según su estimación dicho crecimiento sólo habría sido del 2.5% anual entre 1975 y 1977. Otras estimaciones señalan que en los doce países más industrializados las inversiones productivas eran 200 000 millones de dólares inferiores en 1976 de lo que habrían sido si hubieran mantenido su tasa de crecimiento en 1974-1975.

c) A lo anterior hay que agregar la subutilización de la capacidad productiva, que en Estados Unidos, por ejemplo, sólo ha podido mantenerse en niveles aceptables por los bajos índices de nuevas inversiones, aunados a crecientes tasas de exportación de capitales. A la subutilización de la capacidad productiva instalada de las economías capitalistas desarrolladas se asocia directamente la perseverancia de la inflación y del desempleo. En la coyuntura actual, en efecto, el aumento de los índices de capacidad productiva ociosa constituye el principal motivo de la inflación. Ésta logra compensar la caída del tipo de la ganancia social mientras sólo afecte los precios de los bienes de consumo que constituyen el salario. Pero, en poco tiempo, la inflación recae también en los costos de producción, neutralizando la reducción de los salarios y dejando solamente contraída la capacidad de compra del mercado. Es el momento en que se pone en vigor una política económica contrac-

* Reginald Jones, conferencia pronunciada el 1 de diciembre de 1977 en la Universidad de Florida, Estados Unidos.

cionista del circulante monetario y de mayor agresividad en el comercio externo, acciones que hemos podido observar desde 1968 en el mundo capitalista y que han producido efectos de enorme trascendencia, como haber contribuido a precipitar la universalización de la recesión y a profundizarla.

1972 es el año crucial en que Estados Unidos decidió poner en práctica importantes estímulos económicos (entre los que jugó un papel destacado la escalada militar contra Vietnam), que repercutieron rápidamente en las economías de Europa y de Japón. Por primera vez desde la segunda guerra mundial, en 1973 las economías industrializadas se encontraron en la misma fase del ciclo económico; el PNB y la producción industrial en todas ellas creció entre 5 y 12%, pero al precio de una elevada inflación. El movimiento de precios repercutió en los costos de producción y en la balanza de pagos de la mayoría de los países, por lo que éstos optaron, con la mayor sincronización y simultaneidad temporal, por restringir la oferta monetaria, los gastos gubernamentales y elevar —hasta niveles sin precedentes— las tasas de interés. Así llegó el período 1974-1975, cuando sincronizados todos los países industrializados del sistema entraron en la fase recesiva del ciclo productivo. Sólo Canadá con 1.6% y Japón con 2.1% tuvieron incrementos en su PNB, mientras que Australia, Alemania Federal, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra e Italia registraron decrementos entre el 4 y el 7%.

La mayoría de estos países no se había recuperado de tal recesión al terminar 1977: Estados Unidos fue el único país en el que la producción industrial durante 1977 fue superior a la de 1974. En Gran Bretaña fue 10% inferior y sólo 1% superior a la de 1970, la de Alemania Federal apenas alcanzó los niveles de 1973 y la de Japón fue 5% inferior a la de 1974.

4. LA PUGNA INTERCAPITALISTA

Desde comienzos de la década de 1970 la agudización de la pugna intercapitalista se expresa en el cambio de los instrumentos y reglas del juego: la competencia intercapitalista ya no se resolvería mediante la elevación de los índices de productividad —que la sobreproducción mercantil hace irredituable— sino mediante la manipulación de los instrumentos monetarios, fiscales y financieros

en el ámbito internacional y doméstico. El cambio de las reglas provino de Estados Unidos, cuya hegemonía económica y el monopolio del dólar como medio internacional de cambio, le representaban ventajas que se dispuso a emplear para compensar su pérdida relativa de competitividad productiva. Así, en 1971, cuando tuvo su primer déficit comercial en el siglo xx, un déficit fiscal por 23 200 millones de dólares, una deuda externa que le reclamaba cifras anuales superiores a los 5 000 millones de dólares y una fuga de capitales aguijoneada por la sombría situación de la industria, declaró la inconvertibilidad del dólar en oro y se propuso como objetivo primordial el de revaluar las monedas europeas y japonesa. Para ello aprovechó su propia política económica interna: en 1972, Washington había decidido cambiar su política restrictiva de 1970 e incrementó en 10.8% el circulante monetario en los primeros tres meses, sólo que los nuevos dólares no se invirtieron en Estados Unidos, sino que fueron a parar a los bancos centrales europeos.

Empero, en esta ocasión, a falta de oportunidades de inversión productiva, el capital norteamericano, que nuevamente abandonaba el país, se canalizó a la especulación monetaria en los mercados europeos y japoneses. El exceso de dólares improductivos en Europa y Japón sigue beneficiando a Estados Unidos porque a) obliga a los gobiernos extranjeros a emitir moneda propia para absorberlos, con lo cual subvencionan la economía estadounidense y atizan su propia inflación; los europeos y latinoamericanos acusaron a Estados Unidos durante la reunión del FMI de 1978 de mantener 600 000 millones de dólares excedentes en circulación; b) al devaluarse el dólar y revaluarse las monedas de sus competidores comerciales, mejora la competitividad en precios de las mercancías norteamericanas, y c) al controlar la oferta del medio internacional de cambio, internamente Washington está en posición de mantener las tasas de interés crediticio por abajo de las de sus competidores, lo que se traduce en la reducción relativa de sus costos de producción y de su inflación.

Las reglas monetaristas de la competencia intercapitalista sirven, como vemos, al propósito del capital hegemónico de transferir a otros los efectos que le corresponden por la sobreproducción de mercancías. Esto es, sirven no para elevar el tipo internacional de la ganancia sino para manipular el reparto de la magnitud reducida de la ganancia en favor del capital más poderoso. De aquí que Estados Unidos fuera el único país en que la producción industrial de 1977 superó a la de 1974.

En el ámbito interno, las manipulaciones monetaristas han contribuido también a la febril concentración de capital que se ha dado durante la recesión en todos los países capitalistas. Tal concentración está, en efecto, directamente asociada a la reducción de la ganancia social y su desigual reparto a favor de los capitales más poderosos, lo que ha conducido a la quiebra de decenas de miles de pequeños y medianos capitales cuyos recursos y mercado son absorbidos por las grandes empresas.

En mayo de 1977 la revista *Fortune* se refirió al comportamiento de las 500 mayores empresas de Estados Unidos durante 1976, señalando que mientras sus inversiones crecieron en 12%, sus ganancias lo hicieron en 30.4% para alcanzar, al año siguiente de la peor recesión en treinta años, su nivel más alto desde 1968. La explicación de la propia revista aludía a las miles de quiebras de capitales menores, dentro y fuera de Estados Unidos. El desplazamiento de tales capitales es una de las formas "ordenadas" de destruir y desvalorizar el capital excedente y, por consiguiente, la multiplicación de las quiebras capitalistas es congruente con las perspectivas de evolución de la recesión.

Otro mecanismo que se maneja como parte del poder económico de negociación es el creciente proteccionismo comercial de los países industrializados. En agosto de 1971, al mismo tiempo que declaraba la inconvertibilidad del dólar en oro, Estados Unidos decidió imponer mayores tasas arancelarias al 60% de los productos que importaba del mundo industrializado y al 35% de sus compras al llamado tercer mundo. La medida, violatoria de los acuerdos del GATT, no tuvo los resultados esperados por Washington y fue abrogada en diciembre del mismo año. A partir de entonces se puso en práctica un nuevo mecanismo proteccionista consistente en "limitaciones voluntarias" a la exportación e, inclusive, a la producción de las mercancías afectadas. Estas restricciones voluntarias fueron concertadas primero entre los estados industriales en su intercambio de textiles y ropa, aunque pronto incluyeron al tercer mundo. Estos acuerdos afectaron al acero y a los equipos de transporte e ingeniería mecánica y eléctrica, entre los que se incluyen aparatos de uso doméstico, y seguramente seguirán ampliándose.

Según su poder económico de negociación, todos los países industriales maniobran para reducir sus importaciones; en una conferencia que pronunció en Zurich, en noviembre de 1977, el director general del GATT, Oliver Long, atribuyó a tales maniobras la contracción entre un 3 y un 5% habida en el flujo comercial

internacional desde 1974. Es claro que la propia lógica capitalista tiende a profundizar las causas de la recesión, a provocar decrementos cada vez más pronunciados y frecuentes en la producción, el empleo y el comercio y, consecuentemente, todo *tiende* a paralizar el proceso de acumulación; y es que esta lógica impone como condición, para que se valore un número cada vez menor de capitales, la menor expansión de la demanda agregada, condición que nos remite a la contradicción básica entre la valorización de capital en el proceso productivo —que es meramente nominal— y la realización monetaria del plusvalor en el intercambio. La adición impuesta por la recesión a esta contradicción es, como hemos visto, la acendrada lucha por el reparto de una tasa de ganancia universal en contracción.

Este comportamiento de la tasa de ganancia universal es el que anima la tendencia a la paralización del proceso de acumulación en el mundo capitalista de hoy, tendencia que lleva al sistema de la recesión a la crisis. Por último, conviene recordar muy sucintamente algunos de los mecanismos generales más característicos que unen a las economías del llamado tercer mundo con los países industrialmente avanzados, pues dichos mecanismos contribuyen sustancialmente a acentuar las crisis de las sociedades dependientes, cuando no las auspician absolutamente.

5. ACUMULACIÓN Y DEPENDENCIA

Partiendo de las desigualdades entre las naciones en el desarrollo tecnológico y, por tanto, en el costo de acrecentar el potencial productivo, puede afirmarse que la liberalización de las relaciones económicas internacionales (regidas por el intercambio comercial) ocurrió y se mantiene bajo una división internacional del trabajo que la competencia imperfecta contribuye a preservar y a profundizar.

Los países agroexportadores, oligárquicos, carentes de una infraestructura industrial, iniciaron su industrialización por sustitución de importaciones para satisfacer la demanda de sus clases privilegiadas; existía en esos países demanda para los bienes de consumo pero no para la tecnología y bienes de producción, pues en éstos la relación entre acumulación de capital y demanda agregada es mucho más elevada. Se transformaron de importadores

de bienes de consumo en dependientes de la tecnología ajena para producir internamente esos bienes. Son precisamente estas desigualdades en el desarrollo tecnológico y, por tanto, en el costo de acrecentar el potencial productivo entre los países, las que determinan la división internacional del trabajo. Estamos ante una división económica internacional derivada, en efecto, de la propiedad tecnológica de unos y de la dependencia de la misma tecnología de otros; división que la competencia imperfecta, en el mercado del liberalismo comercial, contribuye a preservar y a profundizar.

Para el llamado tercer mundo la dependencia tecnológica asume la forma de inversiones extranjeras directas y de importación de bienes de capital que superan en valor a las exportaciones regionales de productos primarios. De esta manera el déficit del comercio exterior de estos países se hace crónico y se convierte además en dependiente del financiamiento externo.

Aunque tres cuartas partes de las inversiones directas de las corporaciones transnacionales están colocadas en los países industriales, la influencia económica de sus filiales en el tercer mundo es mucho más nociva, ya que inhiben la acumulación de capital local. Primero, por los patrones y normas de acumulación y productividad que imponen y que el mercado atrofiado no permite desarrollar; segundo, ocupan y monopolizan los sectores más rentables, que no necesariamente son los que generan mayor riqueza; tercero, porque disponen para sus inversiones y operaciones de financiamiento local, y cuarto, porque sus remesas de utilidades descapitalizan a la sociedad contribuyendo a inhibir su desarrollo mercantil.

En efecto, por una parte la estructura atrofiada del mercado en el tercer mundo, y por otra, la baja composición orgánica del capital dependiente (aspectos del mismo problema), permiten a las filiales transnacionales monopolizar el mercado al enfrentar al capital local a una competencia que éste sólo podría librar con ventaja acelerando su ritmo de acumulación para elevar su eficiencia productiva. En un informe del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos acerca del "Poder del mercado y utilidades de las corporaciones multinacionales en Brasil y México", se señala que sólo en siete ramas productivas las inversiones transnacionales superaban los 5 millones de dólares. El mismo informe dice que aunque en términos absolutos las inversiones por ramas son muy bajas, en términos relativos a la estructura del mercado de estos dos países, permitían a las filiales transnacionales obtener enormes utilidades derivadas más de sus prácticas mo-